

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, agosto de 1950

Núm. 978

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".  
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7-1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## LA CANASTERA

¡Canastaas! Güenas y fuertees!...  
¿Quién compra una canasta pa la colá?... Mira niña, sube y dile a la señorita que llevo una canasta que vale un millón, y se la vi a regalá...

—La señorita que suba usté.

—¡Hay, niña, qué escalera má reprensiosa e marmo y qué patio entordao y alicatao, que me estaba durmiendo en un rincón un mé; y qué arfombra má mullía, que se le junden a una los pie! ¿Qué vía sé rico, y no andá po ahí, con lo sole que caen a la intemperie, que se pone una como las negra e Africal...

Y ante la señorita que aparece:

—Señorita e mi arma, cómpreme usté esta canastita, y no me jaga usté andá tóa la siudá, suando la gota gorda. La otra que le jaga a usté va a sé una canasta e cristá, pa que no se le manche a usté esa ropa tan fina. ¡Aay, señorita, qué mano más blanca tié usté y qué cuti, y qué parmito, y qué cara tan istinguí! ¡Qué pena sé gitana, y tené que pasá la vía entre bestia y bregá con gitano! ¿Con que me va a comprá usté esta canastita?

—¿Cuánto pide usted por ella?

—Un napoleón y dos pesetas.

—¿Siete pesetas?

—Usté como es una rosa e Jericó y una vara e nardo, no sabe usté lo que es andá tres legua, con esto sole e justisia, y caé estrósaita, y aluego da con las vareta; y darle er quiebro ar guarda, y jasé la canasta que tié su siensia y su tiempo, y endispué tené la suerte e venderla pa jasé unas miga cosías con tomate.

—Se la voy a comprar a usted por que me da lástima.

—Er físico es bonito; pero el corasón lo tié usté jecho e natillas.

—Bueno, tomé usted las siete pesetas; pero esta canasta no la necesito. La destinaré para ropa de color.

Me va usted a hacer una de varetas blanca, peladas o de olivo o de mimbre; pero blanca blanca... Y si usted sabe, también dos como azafates en esta forma... ¿Cuándo me las traerá usted?

—Adió, y viva er señorío. ¡Que er Señor se jarte de mandarle a usté bille-

tes, y que se case usté con un duque, y que tenga usté sinco hijo, que le den ruío y a mí trabajo y dinero. Allá pa er jueve, si Dios nos da vía; llame usté ar arbañí pa agrandá la cansela, pa que puean entrá las canastas y los azafate, que van a tener más que ve que er patio der Arcasa.

La señorita a la criada:

—Son como ellas solas. Se les pueden comprar las canastas por oirlas. Es joven y limpia. Para ser gitana...

\*\*\*

Jueves a las diez. La gitana toca el timbre. La criada que sale y le abre. La gitana que entra con su canasta y azafates.

—A ve si hay una gitana en toa Andalucía que le jaga esta maravilla. Como que en cuanto le ponga una prenda de usté de Holanda, se encoge, como si tuviá muelle...

—Bueno, y ¿cuánto?

—Señorita, ya eso lo que usté me quiera da, siempre subiendo de cuatro napoleone.

La señorita sacando un bolso de plata, le pone los relucientes duros en la mano. La gitana, con los ojos encandilados, los envuelve en el pico del pañuelo de hierbas.

—Señorita, yo le quisiá confiá a usté un secreto. Pué usté decirle que s' aparte a la criada?

—Es que no se puede una fiar mucho de ustedes...

—Señorita, que no es nada de eso. No sea usté mar pensá, que un mar juisio dentro de una persona tan bonita, tan blanca, y tan distinguí por su arcunia, es como un gusano dentro e una flo, aunque sea mala comparación.

—Vamos a ver.

—¿Me promete usté er secreto? ¿Por la salud e su mare?

—El secreto, sí; pero por la salud de mí madre, no. Las personas de conciencia no juran sin necesidad.

—Bueno, Ange de Dio. Usté seguramente no perderá a una madre con dos hijos.

—¡Qué disparate!

—Po la cosa es... ¡ay Madrecita

mía, que me tiembla la contera!... La cosa es que cogiendo varetas... m' encontrao... la cabeza y el cuerpo de la Virgen... de...

—¡La que arrastraron y desapareció el 13 de abril!

—¡La misma, señorita! Aquí las angustias de una pobre gitana. Si la llevo al pueblo, me van a echá la curpa e to a mí o a los míos, y nos enchiqueran, y yo no quiero na con los sivile... Señorita, yo la he liao en un trapo, y la tengo escondía en mi casa, y le doy de cuando en cuando un beso y le pio por mis niño, que manque sea una gitana yo creo en Dios y en ella, y yo estoy asustaíta. Si la tengo en mi podé, corro peligro, y si no, también. Usté sabe que la imagen era de vestí, y con ponerle lo que le farta, se vorverá el pueblo loco, y a mí me vorverá el arma al cuerpo.

—¿A qué temer? Se la entrega al señor Cura, y hasta la gratificarán.

—¡Ah, no señorita! Yo renunsio a to er dinero de er mundo. Pa eso tengo yo mis tabas, pa di por vareta, y mis mano pa jasé canasta, y totá unas migas no son asunto de mavó cuantía. Que no quiero na con la justisia ni con los tribunales, porque lo gitano tenemos mu malísima fama. ¿Ve usté? Robarle dos peseta ar Señó o a la Virgen, eso lo hasemos los gitano, porque su divina Majestá y la Señora tienen por onde buscarse otras; y la jambre es la jambre. Lo cuar que yo le digo a usté que eso está malamente, porque lo e Dios y lo e la Virgen es sagrao; pero arrastrarla y quemá er santuario, eso no lo hasen los gitano, que entoavía hav dirniá; y si ellos no nesecitan a la Virgen, la necesitamos nosotros. De mó que yo se la traigo a usté, en un canasto, liaita en un refajo, y usté anda los paso y se la da ar señó Cura. Miste que, aunque me ponga en cruz, aunque jinque e roillas, aunque me saque er pelo e raí no me van a créé, y una buena arsión va a resurtá un delito...

—Bueno, aquí la espero.

\*\*\*

La gitana que llama al timbre, la criada que aparece, la señorita que acude y, sacando el busto de la Virgen, lo pone en las manos de la señorita...

¡Madre mía de mi alma—exclama ésta abrazándola y besándola con delirio.

--Déjame la que la bese—dice la gitana—Adiós, mare mía, te pío por mí y por mis niño, y por mi casa, y porque me des trabajo, y porque me abras puerta, y porque no me esampares. Tú sabes las fatiguita que pasamos los gitano. Acuérdate de que has estao en mi casa, mu malamente por sierto, y de incórnito. Si fuera una abaesa te jasía un oratorio; pero lās gitana no tenemo derecho a na... Y adiós, señorita, por esta divina Señora, que no me descubra usted, que la justicia no es de este mundo, y no da dos veces seguías en el clavo.

—Tome usted este billete de cien pesetas como gratificación.

—Ay, no, señorita. Yo no vendo a la Virgen ni ar Señó como Júas. Soy yo quien está entrampá con Ella, y sobrao tiempo tiene a pagarme si argo me debe. Con er aseite de una mariposa que le he tenío ensendía er tiempo que la he tenío en mi casa no hay pa juntá er gatillo e una escopeta. Que la pongan a Ella en su artá y en su trono y déjeme usted por aquí abajo que yo corree er planeta.

\*\*\*

El señor Párroco.

—He recibido el telegrama urgente, y aquí me tiene usted. ¿Qué ocurre?

—Espere usted un momento... ¿Conoce usted esa señora?

—Mi Patrona, mi Virgen de mi alma! ¡Ay, Madre mía! ¡Madre mía! Pero ¿cómo ha sido esto?

La señorita le cuenta brevemente la historia.

—Haberle quitado usted el miedo, y llevamos a la gitana en triunfo. Porque, eso se ve a la legua que es inocente.

—No consintió. Temblaba con sólo enunciarlo. Y lo esencial era recuperar la Vrgen Santísima.

—¿Tiene usted inconveniente que la criada ponga un telegrama al pueblo para que repiquen las campanas y sea hoy un día de gloria?

—Ninguno.

—Tengo esa gitana en el pensamiento. Ese heroísmo, esa grandeza de alma, y sin poder premiarla.

—No ha sido posible.

—Tiene que haber un cielo, donde la Santísima Vrgen salga a meter a la gitana en la gloria, dentro de una canasta, como de contrabando.

—Si yo no he visto caso igual, ni más tierno ni más bonito. La primera vez que una gitana me ha parecido un ángel.

Le parece a usted que colguemos en el santuario la canasta y los dos azafates?

\*\*\*

Noche de verano en la ardiente Andalucía. El pueblo estaba iluminado. Las campanas no se cansaban de repicar. Los cohetes surcaban los espacios. Venía la onda luminica, pero no la onda sonora de la explosión que se perdía a lo lejos, efecto de la distancia.

Sobre un borrico diminuto y mísero, primitivo auto de la humanidad, va la gitana volviendo la vista atrás

en los recodos de la carretera, y viendo arder el pueblo en fiestas por el feliz hallazgo. En el silencio de los campos la gitana cantaba:

—Yo te jallé en un olivo  
Solita y abandoná...  
¡Qué lástima no ser rica  
Para poerte ampará!

Fr. Ciro

## CHARLA

—Ya estamos en pleno verano, esposo mío.

—No lo parece mucho, por el tiempo que hace; pero el calor sí lo dice.

—Sin embargo las niñas, ya bastante mayorcitas, presionan sobre mí para que haga concesiones.

—Dios mío, en guardia.

—No te alarmes, no son cosas graves.

—No sé. Las mujeres y sobre todo las madres, tenéis un corazón tan bondadoso para con los hijos, que perdéis la noción de la cantidad y de la distancia.

—No exageres. Las niñas dicen, que sus amiguitas...

—¿Qué dicen, las amiguitas de mis «inocentes» niñas?

—No dicen nada; pero ven que ellas tienen bicicletas, usan unos pantaloncitos muy monos, muy de moda; que los trajes de baño no son los mismos que llevaban el pasado año, que...

—Pero mujer, ¿me hablas en broma o en serio?

—Yo no digo nada. Son ellas las que hablan y me cuentan esas cosas.

—Y tú, sin darte cuenta de lo que dicen, las sonríes a sus insinuaciones.

—Son jóvenes, tienen que distraerse y alternar.

—Mira, esposa mía, estoy convencido de que la autoridad paterna a veces tiene que ser dictatorial e imponerse violentamente a los hijos... y hasta a las esposas transigentes y demasiado madrazas.

—Si yo no digo nada. Te cuento...

—Lo que ellas dicen. Ya lo sé. Pero con muy mala intención... Que se te adivina.

—Ya sabes, que tú dices la última palabra.

—Y esta vez es de verdad. Sin preocuparme de que el famoso balcón del refrán sea alto o bajo.

—Tú mandas en casa.

—Sin exagerar, que la historia nos dice: «que tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando».

—Bien. Pero yo me refiero a las cosas fundamentales de la casa.

—Y esa es una de ellas.

—Tú dirás, entonces qué les digo a las niñas, de la bicicleta, del pantaloncito semicorto, del traje de baño nuevo, de las excursiones del domingo todo el día por las playas, etc. etc.

—Pues sí esposa mía. Te diré la última palabra que se ha de obedecer ciegame.

—Lo que tú digas.

—Y además, lo que voy a decirte, lo habrás de defender tú ante ellas, como

decisión tuya también; pues es opinión, aunque dictada por mí, de los dos.

—Conforme.

—Pues óyela que va a ser el Evangelio.

—Escucho.

—De la bicicleta, ni hablar. Aunque es un deporte, las niñas no lo precisan para su desarrollo, pues les haría más perjuicio a su salud que beneficio.

—Si es un deporte, será bueno...

—Y bastante malo, por cierto. Tal vez el peor de todos para sus pulmones y para la mujer especialmente.

—Conforme. No lo discuto.

—Respecto al pantaloncito semicorto, te diré, que ya que gracias a Dios, hemos tenido dos niñas y dos niños, creo que cada cual debe de mantener el sexo a que corresponde con dignidad y con decoro. Y mucho más la mujer que ha de ser femenina en todos sus actos, el pantalón es cosa de hombres y esa moda ridícula, absurda, antiestética, disparatada, antinatural, feísima...

—Basta, basta. Tienes razón. Sobran adjetivos y sobran pantaloncitos.

—Bien. Pues a otra cosa.

—También quieren un traje de baño moderno.

—Te voy a demostrar que no soy intransigente. Por mí que se lo compren. Pero, cuidado con la moral y con el color.

—De eso me ocuparé yo de acuerdo con sus gustos. Puedes descuidar que lo comprarán conmigo.

—Pero, ya que vas con ellas a la playa, cuida de las exhibiciones y del sol. No vaya a ser que vayan a la playa a perder la salud y a escandalizar a los bañistas.

—Puedes confiar en mí que todo será vigilado meticulosamente.

—Y acerca de las excursiones, mucha vigilancia. A las playas del extraradio, no. A no ser con nosotros. Hay que ayudar algo a evitar ocasiones peligrosas. Con un poco de habilidad, procura, esposa, que no tengan interés por ellas. Traen malas consecuencias. Confío en tí también; pero quiero saber todos sus pasos veraniegos con todo detalle.

—Así lo haré. Aunque me cueste un poco más de reuma este invierno.

—Bien vale la pena, un reuma por la salud del cuerpo y del alma de nuestras hijas.

—¡Qué lástima! con lo aliviada que ya estaba yo esta temporada.

—Con unas inyecciones como las que tomaste este invierno te aliviarás, y sin embargo, el mal de nuestras hijas, puede llegar a no tener remedio.

—De acuerdo también, esposo mío. Cuando vengas a la tarde, tráete ya las inyecciones para adelantar tiempo.

Don Justo

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Una de las escenas más grandiosas de la vida de Jesús de Nazaret, es aquella en que sentado en el campo rodeado de sus discípulos y multitud de seguidores, explica con amor y afecto grande, sus famosas Bienaventuranzas del monte.

Los corazones de sus oyentes, llénanse de emoción y de amor al escuchar de labios del Maestro, los mandatos más hermosos que pudieron ser dictados al género humano para su gran felicidad.

Aquellos a quienes iban dirigidos serían consolados. Sus penas quedaban suavizadas por las promesas de Jesús de Nazaret.

Las penas, los dolores, las injusticias de los hombres, los bondados, encontrarían en ellas el bálsamo suave del amor cristiano.

Jesús de Nazaret, señaló al hombre la felicidad por caminos humanos.

Cada día van las injusticias imponiendo su ley en el mundo.

La prensa, la radio, los métodos todos de propaganda, nos cuentan el dolor y el sufrimiento constante e injusto de una humanidad que se desmorona en sus principios fundamentales.

Toda una civilización se tambalea.

Si la barbarie triunfa, el mundo habrá retrocedido a los principios bárbaros de la civilización.

Sobre las naciones todas, la amenaza es constante. Unas veces, imposiciones de gobiernos extraños tiránicos, otras la catástrofe de la guerra, que en sus nuevos métodos, parece querer destruir toda la existencia humana de un sólo golpe de fuerza.

Parece próximo el día en que el hombre, según ha declarado un eminente hombre de ciencia contemporáneo, desaparezca de la tierra, víctima de sus mismos descubrimientos.

Puede llegar el día en que incapaz de dominar sus más audaces inventos, el mundo todo perezca envuelto en fuego, destruido al provocar una explosión de efectos no controlados.

Su inteligencia ha llegado muy lejos presionado por las circunstancias de amenaza de guerra y en su nerviosismo llegará a hacer estallar la catástrofe que haga desaparecer este planeta en que vivimos por medio del fuego como tienen anunciado los antiguos profetas.

De aquellas bienaventuranzas que Jesús de Nazaret fué recitando a sus oyentes en la montaña evangélica nos ha llegado el eco de un mundo lleno de felicidad, el cual el hombre en su soberbia ha rechazado para correr locamente hacia la destrucción.

«Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios... bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra...»

Y de aquellas hermosas palabras ¿qué queda en esta humanidad aterrorizada por la amenaza de una guerra más desastrosa que la última padecida?

¿Quiénes son los culpables de este desastre moral y material del mundo?

Es cierto, que la ambición de muchos arrastra a las naciones y a los hombres hacia el caos y la guerra; pero también es cierto, que la vida de la mayor parte del género humano, se aparte de los principios morales de la fe, que deben de regir su vida y sus costumbres, olvidándose del prójimo necesitado, gozando desordenadamente y sin respeto a los demás, de los placeres de la vida, abusando de sus medios económicos y de su desahogada posición en la sociedad para divertirse, sin

pensar en que una parte muy grande de sus semejantes viven llenos de agobios económicos, de necesidades muy elementales para sobrevivir, que el trabajo agobiador de una jornada excesiva no le proporciona los medios suficientes para atender a su familia, que muchos olvidan que viven en sociedad y que todos tienen derecho a tener cubiertos sus imprescindibles necesidades materiales y morales.

Y al olvidarse de eso, surge el malestar, la incomodidad, la desesperación y por último esos trastornos revolucionarios que son la explosión de un mundo que no puede sufrir más tanta injusticia, tomándose la revancha y dando golpes ciegos, nunca bien dirigidos, pues siempre son los justos, quienes en estas revoluciones pagan por los pecadores.

Por eso Jesús de Nazaret, en sus bienaventuranzas, adivinando la injusticia de los hombres, les habló también diciendo:

—...«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos...»

R.

## DARVINISMO

### Parábola

Dices que ese amigo tuyo te afirma muy convencido que no cree en Dios, que la vida ella solita ha nacido, que el hombre viene del mono y cosas por el estilo...  
Pues escucha: De mi parte cuéntale este sucedido:

— Cuando los hombres poblaron este mundo pequeño, se multiplicaron tanto, tan de prisa y tan seguido que a Dios pidieron un bruto que con su fuerza y su instinto les ayudara a llevar la carga. Dios complacido llamó al jumento que andaba por los montes, y le dijo: —¡Sirve al hombre!— desde entonces al hombre sirvió el borrico. Pero es el caso, que el burro también se sintió prolífico, y hubo burritos pequeños a cientos por los caminos. Para poder sustentarlos trabajaban de lo lindo los hombres, plantando hierba y sembrando labrantíos. Otra vez fueron fervientes a Dios, pidiéndole auxilio. —Señor, dijeron, ahora son demasiado borricos, basta la mitad; los otros nos están comiendo el trigo que con sudor cultivamos... El Creador compasivo vió que en efecto existían demasiados, más no quiso volverse atrás, y llamándolos con voz de mando les dijo:

—¡Empinaos!— Y los jumentos se levantaron de un brinco sobre sus patas traseras, recortaron el hocico, hablaron como los hombres, adelgazaron el tipo, y andan desde aquellos tiempos con los hombres confundidos.

De estos descienden sin duda esos sabios convencidos que no creen en Dios, y opinan que el mundo se hizo solito... Cuéntaselo de mi parte a ese tu incrédulo amigo no todos vienen del mono. ¡Muchos vienen del borrico!

Francisco Romero

(Magistral de Zamora)

## Comentando LOS DEPORTES Y EL QUINTO MANDAMIENTO

En una Iglesia de Gijón, se habló sobre la inmoralidad de algunos deportes, en especial el boxeo, en tanto que éste cae de pleno dentro de las censuras más fuertes del quinto mandamiento. Yo hoy, voy a hacer esta misma idea extensible a otros deportes, tal como se los comprende hoy por los aficionados y por los mismos que los ejercitan. El boxeo, las carreras de motos, los toros...

No soy antideportista. Confieso que sí soy indiferente al deporte, al que despojo de esa capa de disimulada infranqueza, que nos los hace ver como cosa sana.

Pero no voy por ese camino. Voy a la parte moral o inmoral de los deportes. Al menos, de algunos deportes. El público enardecido que presencia estos deportes (los tres anunciados anteriormente y alguno más) exige que el torero se meta entre las astas del toro, o que el pugil le arree un puñetazo enorme en la barriga de su contrincante, o que el caballero de la moto vuele a velocidades de peligro. Si al torero se le pone peto metálico, o se le cortan los cuernos al toro, o se acoraza a los boxeadores, o las motos no desarrollan una velocidad mayor de tres kilómetros por hora, se acabó la afición y viene la muerte del deporte. Es decir, que lo que exige la gente es el peligro, y por huir de él se llama maleta al torero, cobarde al boxeador y birria al corredor.

Y por no ser maleta; Manolete quedó muerto entre las astas del toro, y muchos boxeadores por no ser cobardes, quedaron o muertos o inútiles y muchos motoristas por no ser birrias, se fueron a toda velocidad o para el otro mundo, o para el hospital. Y sus familias lloran a los no maletas, a los no cobardes y a los no birrias. Y ellos darán cuenta de su temeridad que en el otro mundo llamarán suicidio o asesinato.

La Doctrina Cristiana dice que pecan contra el quinto mandamiento «quienes

ponen en peligro su vida o se la quitan, o ponen en peligro la ajena o privan a otro de ella». Esto está clarísimo. El Catecismo lo dice, no porque suene bien, sino porque es cierto. La Iglesia así lo reconoce y no hay más autoridad que la suya en la materia.

El que expone su vida «inutilmente» a un peligro grave, comete un grave pecado. Y no se puede negar la gravedad del peligro del corredor a velocidades desorbitadas, en las que cualquier descuido o dificultad del camido, un reventón, la pérdida de dirección, la ruptura de una pieza, etc., puede mandar a la máquina a hacer gárgaras, con el natural perjuicio para el motorista. Y nada digamos del boxeo, en el que un hombre trata de aniquilar a otro, sea como sea, con golpes en el vientre, en el pecho, en la cabeza... en sitios tan vitales, que un golpe bien dado (y los llaman así) pueden costar una vida; y en el que él mismo está esperando de su contrario este mismo golpe. Esto es suicida y homicida. Ya en el toreo, el peligro es menos, ya que la fuerza del toro se enfrenta con la inteligencia del torero, pero no por eso éste deja de exponerse. Por eso yo cuando leo alguna de esas desgracias en los periódicos, con el mayor sentimiento digo: ¡Qué se le va a hacer! ellos se lo buscaron.

Pero no para aquí la culpabilidad. Naturalmente, lo hasta ahora dicho, de los

propios deportistas, es la mayor, pero no la única. Es también culpable el público que los aplaude en estos peligros; el que los azuza, el que les exige que se meta entre los cuernos, o que den el golpe de gracia a su enemigo, o que corran más hasta estrellarse. El hombre tiene todavía reminiscencias de salvaje. La civilización, cuanto más avanza se hace más salvaje. La supercivilización deportiva de hoy, exige a los espectáculos, igual que en la Roma del Anfiteatro ante las fieras, la más refinada barbarie. Quiere sangre y peligro. Emociones fuertes. Excitaciones violentas de nervios. E insulta a quienes no les regalan estas emociones, aunque para ello sea necesario exponer la vida o darla.

Vamos a tener que pedir que se supri-

## Almacenes

*Arbués*

**Materiales de Construcción**

Covadonga, 27 - Teléfono 18-17

GIJON

## Agencia "ZARAGOZA"

Traspasos, negocios, etc.

Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Tel. 1817

GIJON

Máquinas de coser y bordar

**"ALFA"**

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 1817 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

## CESAR A. PRIETO

Pintor y Constructor de Obras

Avda. del Molinón, 2-Telf. 3115

GIJON

## VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. P. Vaticano

ma el quinto Mandamiento. Lo exige la civilización salvaje moderna.

*Hero*

## PUNTUALIDAD

La puntualidad es uno de los modos por el cual demostramos nuestro respeto personal hacia aquellos con quienes tenemos que tratar en los asuntos de la vida. Es también la rectitud de conciencia hasta cierto punto, porque una cita es un contrato, expreso o implícito, y cuando no se cumple la palabra, como asimismo usa el tiempo de otra persona indebidamente, ya de este modo pierde incontestablemente su reputación. Llegamos a deducir, naturalmente, que la persona es descuidada con respecto a los negocios, que no es propia para que se le pueda confiar el despacho de asuntos importantes. Cuando el secretario de Washington se disculpó por haber llegado tarde y echó la culpa a su reloj, dijo su patrón tranquilamente: «Entonces tendréis que buscaros otro reloj y yo otro secretario».



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado  
DE

## José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

## JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA

### Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

## ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

# La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)